

A modo de presentación

A lo largo de la historia, las comunidades humanas han ido conformándose en función de unas u otras situaciones y circunstancias que, a la postre, han configurado su organización social, cultural y política, así como su cosmovisión sobre cómo comprender el mundo.

En este sentido, lo que hoy conocemos como Occidente ha tenido en la ciencia uno de esos elementos que, de una u otra manera, han dotado a su evolución de unas características particulares que han hecho que su evolución haya tenido unos elementos diferentes a las de otras colectividades. No puede obviarse que dicho desenvolvimiento, como es bien sabido, se forjó, tristemente y en muchas ocasiones, basándose en la explotación y la injusticia sobre comunidades y personas, propias —clases subalternas occidentales— y ajenas —las mal llamadas genéricamente «otras»—.

Asumiendo este aspecto, no se puede obviar que el progreso técnico y social en Occidente tiene uno de sus pilares en el sistema científico que se empezó a forjar a partir, aproximadamente, de la Edad Moderna. El descubrimiento de nuevos continentes, la creación de los gabinetes de curiosidades o el surgimiento de las academias científicas pusieron las bases para el espectacular progreso técnico, científico y social que se vivió a partir de los siglos XVIII y XIX: la aceleración de los modos de vida, así como la continua llegada de nuevas tecnologías transformaron las formas de vida de manera radical en muchos casos. Pensemos lo que significó para las sociedades del momento la invención de la fotografía, del telégrafo o del automóvil o, ya en siglo XX, lo que ha supuesto la microelectrónica o el desciframiento de la estructura del ADN. De hecho, hoy mismo, la incorporación continuada a nuestras vidas de la inteligencia artificial o de la robótica hacen que estemos inmersos de lleno en la llamada Cuarta Revolución Industrial.

A pesar de ello, la celeridad de las formas de vida hace que la ciudadanía no sea consciente en muchos momentos de que el bienestar del que goza es el resultado de cómo la ciencia ha ido realizando aportaciones que han ido conformando nuestras maneras de vivir. Sin ir más lejos, en esta tercera década del siglo XXI, la digitalización

está transformando nuestras vidas. Por ello, hay que tomar conciencia de que la Ciencia ya es omnipresente en nuestro día a día.

De esta manera, propiciar que la ciudadanía asuma lo que significa «vivir en ciencia» es una tarea de primer orden para las personas que han hecho de la Ciencia su modo de vida: facilitar que se acepte lo que significa la Ciencia como instrumento esencial para posibilitar un mayor y mejor conocimiento de la realidad natural y social y, por ende, del progreso colectivo y propiciar que las personas puedan tener mayores conocimientos e instrumentos para conocer, valorar y decidir mucho mejor sobre unos u otros aspectos de la vida y, así, ejercer sus derechos y sus deberes como miembros activos de la sociedad deviene, en sí mismo, un gran desafío.

Hacer que la Ciencia, con todos los valores que tiene asociados, esté mucho más presente en nuestra manera de pensar y vivir es el reto continuado de las instituciones científicas: ya no es tan solo *comunicar o difundir* lo que hacen los estudiosos, sino, sobre todo, que los ciudadanos, más allá de disfrutar de los beneficios de los avances científicos, puedan incorporar a sus modos de vida los valores de la Ciencia y, por ello, que puedan evaluar y tomar decisiones basándose en datos y conocimientos contrastados.

La presente obra se inscribe en ese espíritu descrito ahora: ya no se quiere tan solo compartir unos u otros conocimientos o patrimonios, sino que la investigación, en este caso arqueológica, quiere posibilitar que las personas puedan proyectarse mejor en sus vidas personales.

Los capítulos de este libro ponen de manifiesto la necesidad y la urgencia de facilitar que unos u otros colectivos, de manera especial aquellos que durante más tiempo han estado más alejados o han tenido menores posibilidades de acercarse a los valores científicos, puedan ya no solo conocer qué se hace en la investigación arqueológica, sino que gracias a ella puedan ir más allá en sus expectativas de vida.

El gran reto que se plantea en esta obra es facilitar que la investigación científica se convierta realmente en una palanca para que las personas puedan configurar nuevas maneras de ver y de vivir la realidad cambiante.

Desde esta humilde tribuna que supone tener el honor de presentar esta obra quiero felicitar a cada uno de los autores por su compromiso y por su labor, denodada e incansable, por llevar la arqueología más allá de los laboratorios, las excavaciones o los libros académicos: es de rigor agradecer su esfuerzo por luchar por la mejora de nuestras vidas colectivas.

Finalmente, un reconocimiento especial y merecido para los impulsores y coordinadores de esta obra. ¡Gracias a todos!

LUIS CALVO

Delegado Institucional del CSIC en Cataluña

Director de la Institución Milá y Fontanals de Investigación en Humanidades